

## El nacimiento de la leyenda

PERE PARRAMON

La leyenda del Rey Arturo y sus caballeros se contruyó siglo a siglo por parte de bardos, juglares y 'canteors', y fue difundido en las páginas de la épica patriótica, los romances cortesés, las gestas gríalicas... Una de las formas canónicas del argumento después de Monmouth o Chrétien, la fijada por Thomas Malory en 'La morte d'Arthur' (s. XV) la conocemos por versiones infantiles, la adaptación de John Steinbeck al inglés actual o el hermoso filme 'Excalibur' (1981), de John Boorman. Pero las relecturas no se acaban ahí: Wagner y la trascendencia del camino iniciático, la añoranza melancólica en la pintura prerrafaelita, incluso la cursilería victoriana o las consignas hippies del musical 'Logan' (1967) y lecturas feministas en 'Las nieblas de Avalón' (1983), de Zimmer Bradley, tetralogía narrada por Morgana le Fay. Pero siempre de fondo, cohesionándolo todo, rastros arquetípicos de divinidades celtas y greco-latinas, metáforas cristianas y un ensueño llamado Camelot, que, como todas las utopías, puede ser una antigua Edad de Oro o un futuro al que aspirar y en cuyos grandes ideales apoyarse. A finales del s. XIV, Arturo es esculpido en Nuremberg como uno de los héroes de todos los tiempos, junto a Hector de Troya, Alejandro el Grande, el rey David o el emperador Carlomagno, entre otros. Es el modelo máximo de justicia y ecuanimidad, y además cuenta con tintes mesiánicos: su muerte sólo es un sopor del que despertar cuando el mundo vuelva a reclamarlo -'El rey que fue antaño y que volverá' (rex quondam rexque futurus)-. Su mito ha ido sobreviviendo generaciones porque encarna, entre otros anhelos, la lucha por ser mejores, aspiración que permanece en todas las épocas. La voluntad de hacer el bien -'noblesse oblige'-, pero con algo trágico que, pese a toda la magia de la Dama del Lago, nos amarra a la realidad. Ese algo fatal es la propia humanidad, la posibilidad del error, o de escoger obrar con libertad. Por eso Lancelot es sólo 'casi' perfecto, dechado de virtudes pero fatalmente enamorado de su reina. Entonces únicamente en clave trágica se entiende la dignidad de su caída. En esta complejidad, en este magma palpante entre moral y visceralidad, radica la cualidad mítica del Rey Arturo. Porque el mito es el estado puro de la realidad, y cualquier intento de explicarlo en clave positivista es un burdo ejercicio de pornografía. Arturo y su mundo son 'story' no 'history' -según distinción inglesa entre ficción y (mal llamada) realidad-, son simbolización, son mitología



Atenas 2004: las esculturas griegas en movimiento. La antorcha olímpica finaliza su recorrido y enciende el pebetero-misil



El desfile caótico y poco marcial, la única disidencia visual. Al final el Estadio se enciende de luz y fuego, una imagen reiterada

**Ceremonia olímpica** La inauguración de los Juegos de Atenas 2004 nos recuerda, más que ninguna otra vez, la persistente huella estética de los Juegos de Berlín de 1936, inmortalizados por la cineasta Leni Riefenstahl

## Lo que queda de Leni

### Ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Atenas

13 de agosto de 2004. Un espectáculo 'pensado para la televisión' retransmitido en directo por TVE

JORDI BALLÓ

De todos los Juegos realizados tras la segunda Guerra Mundial los de Atenas eran, simbólicamente, los más peligrosos. Porque tanto insistir que "volvían a Grecia" no debería hacernos olvidar que los Juegos ya habían vuelto, imaginariamente, al país heleno. Fue en 1936, en el Berlín nazi, cuando la ceremonia se centró en la apología de lo griego. hasta el punto que el filme que la inmortalizó, *Olimpia* de Leni Riefenstahl, se iniciaba con la imagen del Partenón para pasar luego a diferentes estatuas griegas que se convertían, por arte del montaje, en estatuas humanas. A la ceremonia de Atenas no pareció importarle este precedente y entroncó directamente con el legado de Leni: un pulcro canto a lo griego clásico, al cuerpo marmóreo, al culto a lo aéreo. Pero no fue el único paralelismo. La marcha de la antorcha -uno de los grandes inventos simbólicos de los nazis- recorrió las ruinas griegas, como en *Olimpia*, sin ningún tipo de distanciamiento para culminar con la imagen del atleta encendiendo un pebetero inquietante que parecía un cohete (o un misil V2) a punto de partir hacia el futuro. Imponer la corona vegetal a los campeones no ha sido una novedad: lo hicieron ¡y cómo! en los Juegos de Berlín. La ceremonia ateniense fue blanca, europea, incluso nórdica, sin nada que transgrediera el imaginario de los limpios cuerpos olímpicos. Encantó a (casi) todo el mundo por las mismas razones que sigue gustando la estética de los Juegos de Berlín. Una sola disidencia: la forma antisolemne de desfilar. A nadie le gustó tanto jaleo desordenado. A Hitler tampoco. |



Berlín 36: culto a lo griego. El corredor con la antorcha, una aportación nazi al futuro



Precedente: la corona vegetal para los ganadores. El estadio en luz: armonía universal